

5
2571-121

VADEON, CAIN, LA CANAL DE TREA.

ASCENSION A LOS PICOS DE EUROPA,

en la cordillera Cantábrica.

POR DON CASIANO DE PRADO.



En el verano del año de 1741 dos ingleses se dirigieron al corazón de los Alpes sin otro objeto que contemplar de cerca el imponente espectáculo que la naturaleza no podía menos de ofrecer en aquellas misteriosas comarcas, apenas conocidas hasta entonces, pisar la eterna nieve que las cubre, y dar luego á conocer en su país cuanto hubiesen visto. Las impresiones que recibieron causáronles tal novedad, que en memoria de su expedición dejaron grabada en un trozo de granito, que se vé en el borde del que llaman Mar de Hielo, cerca de Chamounix, esta inscripción: POCOCK ET WINDHAM (1), 1741. Hoy día concurren á visitarlo gran número de viajeros, y M. Elie de Beaumont, que refiere también esta historia, dice y con razón, que es un verdadero monumento.

Gran novedad causó tal visita entre los habitantes de aquel país, quienes apenas podían comprender entonces que sin otro objeto que el de la curiosidad pudiese nadie emprender un viaje tan largo. Cuando algunos años después vieron llegar á otra clase de hombres que, armados de martillo, brújula y otros instrumentos, recogían fragmentos de rocas, sin desechar las

(1) Pococke se dió á conocer por varios viajes: en cuanto á Windham probablemente no era más que un *turista*.

C. 1868. Junio. 20

mas comunes, los observaban con la lente y los guardaban cuidadosamente envueltos en papeles, su ostrañeza debió de ser mayor todavía; y el célebre Saussure, en su grande obra sobre los Alpes, no oculta el embarazo en que esto le ponía muchas veces.

Así es como comenzaron en Europa dos clases de viajeros, hoy día tan numerosos: los geólogos y los *turistas*. En España todavía hácia esa época, y bastantes años despues, sucedia muchas veces que si ciertas personas tenían precision de venir á la córte, desde Galicia por ejemplo, no se decidían á pasar los montes, como entonces se decia, esto es, 40 ó 50 leguas de malísimo camino de herradura, poco frecuentado además, sin hacer antes testamento, segun siendo jóven oía yo decir á los ancianos. Y por lo que toca á los que en sus viajes llevan martillo, diré que todavía en el año 1817 era prudente ocultarlo, y aun así por poco no pasó una noche en cárcel dura un geólogo novel, que vive para contarlo, como medida de buen gobierno que el Alcalde de un pequeño pueblo habia creído buenamente exigia de su celo tan notable caso.

Esos tiempos fueron por dicha desapareciendo tambien para España, ni podia ser de otra manera, con la revolucion que en esto, como en todo, se ha obrado en el mundo, resultado debido á los progresos de las ciencias, á las relaciones cada vez mas estrechas que entre las gentes mas apartadas se fueron estableciendo, á la facilidad de viajar, que fué siendo tambien mayor de día en día, y finalmente, á la marcha de la civilización, que tiende á hacer de todo el linage humano una sola familia.

Sin embargo, preciso es decirlo; mientras que en otras naciones difícilmente se podrá señalar una sola comarca que no haya sido visitada y explorada con diferentes objetos, hay todavía muchas en nuestra Península, donde ningun hombre consagrado á las ciencias, ningun curioso ha penetrado todavía, y de este número es aquella en que se hallan los picos llamados de Europa, los mas altos de nuestro territorio despues de Sierra Nevada y los Pirineos de Aragon, nombre que se les dió por ser los primeros que los navegantes descubren, viniendo por la parte del Norte á tomar tierra en Asturias, Vizcaya ó Santander.

¡Cuán vivo interés no deben inspirar por otra parte aquellos riscos altísimos que la mano de Dios colocó allí como núcleo y corona de unas montañas á cuyo amparo debieron nuestros padres la salvacion de sus leyes y su culto! Tan cierto es que las circunstancias físicas del terreno tuvieron una parte muy principal en la existencia y la circunspeccion de los imperios.

En 1845 comencé en las montañas de Leon y Palencia una série de viajes é investigaciones, aunque interrumpidas algun año, que no han concluido todavía. Desde lo alto de Peña Godrada, la mas meridional de ellas hácia la parte del Esla, he visto por la primera vez aquellos picos que me señalaban los pastores, y entré desde luego en deseos de subir á sus cimas. En 1851 hice al efecto una primera tentativa, que me salió fallida por las nieblas y la lluvia que sobrevinieron cuando ya me hallaba á alguna elevacion. En 1853 traté de renovarla; y Mrs. de Verneuil y de Lorière, mis colegas en la Sociedad geológica de Francia, con quienes habia viajado ya en otra ocasion, luego que lo supieron se decidieron á acompañarme, pero tampoco he logrado entonces mi objeto sino en parte, como voy á referir.

Nos reunimos en Riaño, segun habiamos convenido, y desde allí, siguiendo el curso del Esla por el valle de la Reina, llegamos á Portilla, donde hicimos noche. Nuestro patron se nos ofreció por guia, como conocedor que decia ser del terreno adonde nos dirigamos. Aceptamos, y en esto hicimos mal; porque si sabia los caminos ordinarios, que es por lo comun lo suficiente, esto no nos bastaba á nosotros. La regla en tales casos es tomar guia en el pueblo á cuyo término pertenece el punto ó puntos que uno desea recorrer.

Era el dia 28 de Julio. Emprendimos la marcha muy de mañana, no sin observar antes las enormes masas, colgadas sobre las casas de la poblacion, de una roca sumamente dura á que en el pais llaman piedra habosa, y es un conglomerado de cantos rodados de gran dureza que forma en algunas partes montes muy elevados, como la Peña de Curavacas, el Pico Lezna, los collados de Naranco y otros.

Despues de una marcha de 10 kilómetros por un pais su-

mamente agreste y solitario en que no se ven mas que chozas de pastores, llegamos á la majada de Remoña, que se halla ya fuera de la cuenca hidrográfica del Duero, lo mismo que los picos á que nos dirigiamos. Allí dejamos los caballos, siguiendo á pié á tomar la Canal de Liordes entre la Peña Remoña y la llamada Torre de Salinas, donde hay una trocha en extremo pendiente, y que aun con los recovecos que forma, viene á ser en algunos puatos una escalera de peldaños informes.

A su conclusion pisamos el primer nevero y subimos en declivura á la Torre antedicha, en cuya pendiente nos hallábamos, por habernos dicho el guia que aquel pico era el que dominaba á todos los demas. Pero la verdad es que lo ignoraba, no menos que el camino que debiéramos haber seguido, segun luego supimos, para vencerlo con la menor fatiga posible, pues nos llevaba por la umbría, casi toda cubierta de nieve, que en algun punto atravesamos por un conducto á manera de cañon de bóveda, que las aguas habian abierto en ella. Mucho tuvimos que sudar para llegar á la cumbre. Arriba estamos, pudimos clamar por fin; pero nuestra satisfaccion se vió no obstante algun tanto turbada, porque en estas expediciones no cree uno haber logrado su objeto si no puede decir que ha llegado á lo mas alto, y desde luego conocimos que en ese caso no nos hallábamos nosotros.

De tres barómetros que habiamos sacado de Paris y Madrid, solo uno llegó al punto sin haberse desgraciado, justamente el mas viejo, que habia servido ya en la isla de Candía y otras partes del Oriente de Europa al geólogo Mr. Raulin. Le montamos y hemos visto que nos podiamos hallar á una altura de 2.500 metros poco mas ó menos sobre el nivel del mar. En cuanto al termómetro señalaba $14\frac{1}{2}$ grados á las doce del día.

Contemplamos por largo rato el terreno que nos circundaba. ¡Cuántas peñas altísimas, de cuyos estraños perfiles, que se proyectaban con fuerza en el azul del cielo, purísimo aquel día, no podiamos apartar los ojos! Naturalmente debia de ocurrirsenos el preguntar los nombres de las mas notables, pero nuestro buen guia los ignoraba. Decia que nos hallábamos en las Peñas

de Liordes, y en esto no iba fuera de camino; porque tal nombre tiene en efecto el grupo que forman las principales, tomado acaso del de una famosa majada, que se halla en el centro del mismo, y de que mas adelante hablaré.

Habíamos hecho subir una botella de vino con que reparamos nuestras fuerzas. A. Mr. de Verneuil se le ocurrió luego que podría servirnos para dejar allí, dentro de ella, nuestras targetas. Pero el guía, luego que se hizo cargo de lo que intentábamos, tomándolo acaso por una niñería, nos dijo y nos aseguró que por allí no iba nadie, y que sería lástima quedase en aquel sitio perdida una cosa que á él le vendria bien para el ajuar de su casa. Tal ocurrencia nos dejó parados. Al fin le dimos la razon: á lo menos el pobre y sencillo montañés debió de creerlo así al verse complacido. Pero ¡oh inestabilidad de las humanas satisfacciones! Al tomar la tal baratija, escurriósele de entre las manos, y fué rodando por la nieve con mas velocidad de la que él quisiera, á tiempo que, en la direccion que habia tomado, un peñon la esperaba (á lo menos así lo parecia) para poner término aquella escena. El descabro no pudo ser mas completo.

El bajar rara vez es tan penoso como el subir, y en parte lo hicimos cómodamente y aun con placer, dejándonos escurrir por tres veces sentados sobre la nieve, á lo que en aquellas montañas se llama *desvilgar*; y en verdad que se hace sin peligro cuando la pendiente no pasa de ciertos límites y la nieve no está helada. Hubo, sin embargo, un momento en que yo me sentí arrastrar con demasiada violencia; pero para templar el movimiento, me bastó echarme de espaldas durante uno ó dos segundos, volviendo despues á incorporarme.

Comimos con el mejor apetito, en la majada de Remoña, teniendo al lado una buena pella de nieve para enfriar nuestros vinos, y despues volvimos á Portilla, donde hicimos noche. Al día siguiente resolvimos ir á Cain, y nos dirigimos al puerto de Pan de Trábes, desde donde anduvimos casi una legua en cuesta para llegar á Santa Marina, primer pueblo de Valdeon, por las vueltas que forma el camino. Otra legua despues, bajando siempre, llegamos á Prada, siguiendo

la orilla derecha del Carés, que en Asturias pierde su nombre, desaguando en el Deva, que baja de la Liébana. En Prada descansamos un rato y seguimos á Cain, que se halla legua y media mas abajo, tomando en Posada por la orilla izquierda del rio. Cordiñanes se deja á la derecha despues de andar dos kilómetros. Otros dos kilómetros antes de Cain dejamos los caballos. Desde allí el valle no es mas que una hoz cubierta de piedras sueltas, muchas de ellas de gran tamaño, que fueron arrastradas por el rio en las avenidas, ó que se desprendieron de aquéllos derrumbaderos. En un punto pasa el camino per debajo de una de estas piedras, que en su caída quedó suspendida como la clave de un arco, distante del suelo poco mas de un metro.

Una estacada de tres metros de altura con su puerta cierra la hoz y el rio un poco mas adelante. Allí comienza la tierra de Cain, que puede compararse á un redil. Los ganados andan allí sueltos por todas partes sin pastores ni perros que los guarden; porque el rio entra mas abajo en una estrecha canal de paredes verticales por donde solo un pájaro pudiera pasar; á los lados cierran el término peñas inaccesibles, y todo él se halla cerrado y formado de terreno tan fragoso, que los carros son allí muebles inútiles no menos que las caballerías: así es que hasta la recolección de la yerba se hace sin otros vehiculos que las espaldas de los vecinos.

A las tres y media de la tarde marcaba el barómetro montado sobre al puente que allí tiene el rio, 727½ milímetros. lo que quiere decir que nos hallábamos bastante mas bajos que las llanuras de Castilla.

Veinte vecinos tiene el pueblo, que se halla dividido en dos barrios, Cain de Abajo y Cain de Arriba, ambos á la izquierda del rio y distantes uno de otro 300 metros. Su riqueza consiste principalmente en ganados. Cogen tambien algun lino y semillas y fabrican queso, que van á vender á Arenas de Cabrales, en Asturias.

En la ladera derecha, un poco mas arriba del puente y á unos 450 metros de distancia, nace una fuente caudalosa, ó por mejor decir, un rio, cuyas aguas se precipitan al principal por

un cauce á medio formar, cubierto de peñones apenas visibles por los grandes rizos y globos de espuma que los cubren. El estruendo que forman es tal, que á su inmediacion apenas se puede hablar no siendo á gritos. Llámase la fuente de la Jarda.

Una vecina del pueblo, á cuya casa habiamos ido á parar, brindónos con una pequeña merienda, que aceptamos de muy buen grado. Componíase de manzanas, de miel y de queso, que es tenido por el mejor de las montañas de Leon, si se exceptúa acaso el del Cebreiro, con pan moreno ó con borona, á escoger, pues en aquel concejo, así como en el de Sajambre, ya se coge maiz, lo mismo que en toda la vertiente septentrional de la cordillera Cantábrica. El vino procedia de las riberas del Duero, y no era regalado; pero tampoco pecaba de desagradable. Se parecia mucho á los de Francia, y sin duda alguna le aventajaria si en su preparacion se procediese con un poco mas de esmero. Dimos las gracias por su agasajo á Doña María, que este era el nombre de nuestra huéspedea, y salimos de allí tan complacidos como de un festin tenido en Lóndres ó en París.

Al volver á Prada, donde habiamos de pasar la noche, nos llevaron á ver el pozo de los Lobos, que se halla cerca del sitio donde nos esperaban los caballos, en el fondo de una cañada trasversal que en lo mas bajo cierran zarzos y estacadas por ambos lados. La disposicion del terreno es tal que cuando uno de aquellos animales tiene la mala suerte de dejarse ver hácia aquel parage, se le considera por una presa casi segura. Los vecinos concurren entonces por obligacion al toque de las campanas del valle. Unos ganan los altos para que la fiera no pueda dirigirse sino hácia la parte inferior de la cañada, donde otros la esperan resguardados en una série de pequeños chozos, que tienen la entrada mirando al rio, y salen con chuzos á hostigarla y empujarla hasta que la obligan á tirarse al pozo. Segun allí se nos dijo, en 46 años se habian cogido por este medio sesenta y tantos lobos y solo un oso; porque este último animal anda siempre por los sitios mas apartados, por las peñas mas altas y por las cavernas, adonde hay que ir á cazarlos.

En Prada paramos en casa del primer contribuyente del Concejo, que era Alcalde aquel año, y nos recibió con la mejor ve-

luntad, porque allí no hay posadas ni es tránsito aquel para ninguna parte. Esto quiere decir que en aquella tierra, lo mismo que en la mayor parte de las montañas de Leon, se viaja como en los tiempos antiguos se hacia en todos los países, siendo entonces la hospitalidad uno de los deberes mas sagrados.

Luego que nuestro patron hubo oido la relacion de la jornada que habiamos hecho en el día anterior, nos manifestó que se nos habia guiado mal, y que habiamos andado bastante extraviados. Tenia 73 años de edad, y era acaso la persona mas enterada de las cosas de aquella tierra. Entonces pudimos saber los nombres de todas las peñas del contorno y que la montaña á que habiamos subido se llamaba la Torre de Salinas. Manifestónos que la mas elevada era la Torre de Llambrion; y preguntándole si lo sabia porque alguno la hubiese medido, nos contestó que lo decia, porque cuando se descomponia el tiempo allí era donde agarraba la primera nube, y en acercándose el invierno allí era tambien donde aparecia la primera nieve, en lo cual no iba fuera de razon. Verdad es que ahora resulta que otra peña le iguala y aun le escede algo en altura; pero tambien es cierto que no se vé desde el valle.

Al día siguiente nos despedimos, tomando en nuestros libros de viaje el nombre del amo de la casa, que era el de Martín de la Cuesta. Su mujer nos dijo que pusiésemos tambien el de Francisca Gonzalez que era el suyo, y le hemos dado gusto como era debido, agradeciendo su buena voluntad y el favor que nos habia dispensado, lo mismo que su marido, con la acogida que les debiamos. Pusímonos en marcha; y casi á la salida del pueblo nos separamos para no vernos otra vez hasta de allí algunos meses en París. Mis compañeros de viaje se dirigieron á la parte oriental de Asturias, por los puertos de Pan de Ruedas y Beza, y yo por el de Pan de Trabes á la Liévana y la Hermita para efectuar una primera exploracion de aquellos terrenos. En el año de 1855, desde las montañas de la provincia de Palencia, que eran entonces y habian sido en el año anterior objeto principal de mis estudios, me dirigí á Santa Marina de Valdeon, huyendo del cólera, siempre preocupado con la idea de la ascension que meditaba. Busqué por guia uno de los prin-

principales cazadores del pueblo para emprender la marcha al otro día muy de mañana; pero no presentándose á la hora convenida, por haber salido en busca de dos ovejas que le habian faltado aquella noche, salimos demasiado tarde; y ya cuando nos hallábamos á la misma altura que la Torre de Salinas, pude conocer que no habria día suficiente para completar la jornada: por sensible que me fuese no podia prescindir de dar la vuelta. Aun así y apresurándonos llegamos al pueblo con una hora de noche. Ya á lo último se rompió el barómetro por haberse caido el hombre que me lo llevaba, pues en la canal de Liordes, con la priesa que nos dábamos, me faltaron las fuerzas para llevarlo yo mismo. No por eso he perdido el tiempo, por las observaciones que tuve lugar de hacer y por el conocimiento del terreno que para otra tentativa me vendria muy bien.

Al año siguiente emprendí de nuevo la marcha para aquellas montañas, no ya con el objeto de hacer una simple excursion, sino un reconocimiento algun tanto detenido de los terrenos del partido de Riaño, tarea que me habia impuesto para aquel verano, y no podia prescindir de plantar el barómetro y el teodolito en lo mas alto de las peñas de Liordes. Por Sajambre gané el Puerto de Dovres, situado en un terreno apenas hollado y aguanoso además. Allí entré en el término de Valdeon, bajando á pié por un espeso monte de hayas y robles, cortado por toda partes de profundos barrancos, materialmente atestados de árboles, ya casi podridos por la mayor parte, que los huracanes sin duda habian echado á tierra. Al fin de la bajada se hallan Caldavilla y Soto de Valdeon en un valle transversal que tiene la cabecera en la Collada de la Vieja, por donde se va á Valdeburon, y el puerto de Pan de Ruedas, en el camino que va á Oseja de Sajambre y que termina en Posada, cabeza del concejo. Posada, Prada y Los Llanos puede decirse no forman mas que un solo pueblo, tan corta es la distancia que los separa. De suerte que son ocho los que forman aquel concejo, y su poblacion 904 habitantes.

Al día siguiente se presentó el cielo con bastantes nubes; y como para mi objeto necesitaba se hallase completamente despejado, me determiné á bajar á Cain, y desde allí hacer una

escursion á la Canal de Trea , que deseaba conocer. Tres años antes la náyade de la fuente de la Jarda nos habia hecho un recibimiento que nos dejó encantados : esta vez se hallaba dormida en su gruta. El contraste era notable : todo era allí quietud , y ni el mas leve murmurio se dejaba oír. En lugar de las grandes masas de espuma que con su albor y á la luz del sol deslumbraban la vista , entonces no se veian allí mas que cantos parduscos y musgos verdinegros. Pero aquella novedad venia á serme favorable , porque me advertia no tendria tanto que luchar cuando subiese á la region de las nieves. Era el 6 de Agosto , y la fuente habia dejado de manar el 20 de Julio.

Saludáronme los vecinos del pueblo como á persona que ya les era conocida , y tomé por guía uno de ellos para penetrar en la Canal de Trea , que así se llama la larga garganta que sirve de cauce al rio desde Cain , y que se prolonga bastante en Asturias. El paso que allí se abrió el agua es tan estrecho , que para el de la gente y los ganados á los pastos que tiene el pueblo mas abajo fué preciso establecer una trocha por los barrancos de la vertiente derecha , y es tan penosa , que la Canal de Liordes le lleva mucha ventaja : en la parte de Asturias lo es todavía mas , segun me han asegurado.

Consiste en una série de subidas y bajadas muy pendientes en ciertos puntos , con escalones de piedra ó madera y trancos como los que ofrecen algunas cavernas y minas mal labradas. El paso se efectúa en algunas partes á favor de rollizos hasta de ocho metros de largo , trabados unos con otros , y tendidos de peñon á peñon , sin pretiles , suerte de viaductos á que llaman armaduras. Otras veces se camina sobre planchas sustentadas por hierros engastados en la roca ó por otros medios. En los escurrideros ó sea en las peñas rasas é inclinadas , á que llaman llambrias , se forma la senda orillándola por la parte inferior con maderos ó cualesquiera palos tendidos á lo largo y sujetos á favor de la raiz de alguna mata , de algun nudo de la roca ó de rollos y zoquetes de madera introducidos en agujeros que la roca naturalmente ofrece con frecuencia cuando es cañiza , como allí sucede , algunos de los cuales pudiera creerse

habian sido abiertos á mano. «Dios los hizo, señor,» me decia el guia , y yo estaba bien lejos de creer otra cosa.

Los lobos mismos miran con respeto aquellos pasos y no se aventuran á salvarlos , segun ya dije : no es preciso mas para venir en conocimiento de lo que pueden ser. El ganado los salva , porque se halla enseñado , porque se le obliga á ello si es preciso. Como las yerbas por otra parte , cuanto á mayor altura vegetan son mas sabrosas , tiene que trepar de continuo por aquellos derrocaderos para buscarlas , adquiriendo así toda la destreza que pudiera necesitar. Sin embargo , con bastante frecuencia se despeñan los pobres animales , sobre todo , las vacas. A los hombres les sucede otro tanto , y se cuentan allí las catástrofes mas lastimosas. Ocupándose mucho en la caza de rebecos , discurren por las peñas con la mayor agilidad y confianza , pero esa confianza es la que los pierde. Por eso siempre se ha dicho que , «el mejor nadador es del agua,» refran que por aquellos pueblos se halla sustituido con este otro mas tristemente expresivo : «los de Cain no mueren sino se despeñan.» Probablemente no dejará de hallare en uso otro equivalente en algunos pueblos de los Alpes , donde tantos hombres se desgracian tambien en el mismo ejercicio.

Estuve bien distante de internarme mucho en la Canal , que es muy larga ; y aun así con la reverberacion del sol en los inmensos hastiales que forman aquellas peladas y blancas peñas , volví á Cain con los vestidos materialmente empapados de sudor y harto rendido. A la una de la tarde , y á la sombra , marcaba el termómetro 27 grados junto á una cascada , adonde habia bajado para apagar la sed con una de las aguas mas sabrosas que he gustado en mi vida.

Despues de haber tomado algún descanso volví á Prada , satisfecho el deseo que tenia de visitar aquellos apartados sitios no menos que sus moradores , cuya vida en todas las estaciones es una continua lucha , pero que se arrostra con calma y como una condicion ordinaria que impone allí al hombre la naturaleza en sus admirables armonías. No , los habitantes de Cain , en medio de su pobreza y las que pudieran llamar desdichas los de

las campiñas ó las ciudades, no maldicen su suerte, antes bien viven con ella contentos; y quien crea lo contrario, que observe, si le es dable, los efectos que por lo general produce en su espíritu una larga ausencia de los riscos que los vieron nacer.

Como el tiempo no acababa de afirmarse, me trasladé de aquel valle al de Vegacerneja, y despues á Escaro y Riaño, reconociendo el terreno. El 11 pude ya volver á Santa Marina á medio dia, y despues de comer y preparar la expedicion, me dirigí á la majada de Liordes para pasar allí la noche, adonde esta vez subieron tambien los caballos llevados de la rienda. Nos hallábamos 1.880 metros sobre el mar, y á pesar de que la temperatura es tal en aquel punto, que ni aun en la fuerza de los calores se ven allí moscas ni mosquitos, no fué preciso hacer fuego.

A las dos de la mañana me levanté para observar el tiempo, pero nada indicaba dejase de serme favorable. El cielo estaba despejado, el aire no se movia; y la naturaleza entera parecia hallarse en el mas profundo reposo: solo le turbaban el trémulo resplandor de los relámpagos sin truenos que de tiempo en tiempo se divisaban á lo lejos por la parte del Nordeste, ó las estrellas fugaces que cruzaban por la esfera en diferentes direcciones, y cuya luz me parecia mucho mas viva que cuando se las observa desde las tierras bajas. Nunca como en la soledad de aquel sitio y en el silencio que me rodeaba el espectáculo del cielo estrellado hizo en mi alma una impresion tan profunda, y durante algun tiempo permanecí como en un éxtasis. Volví luego á mi yaciga, pero ya no me fué posible cerrar los ojos.

Levantéme á las cinco; y ya el sol doraba las crestas de los montes cuando me puse en marcha con toda la cuadrilla: éramos siete hombres, entre los cuales se hallaba el ingeniero de Minas D. Joaquin Boguerin, que era entonces mi ayudante. Por la falda del Sur se iba en menos tiempo, pero la subida á lo último es terrible, segun había visto anteriormente, aunque no haya que pisar nieve en ningún punto: aun en invierno es poca la que allí puede detenerse, desprendiéndose en muelas y boladas á lo hon-

do de los barrancos tan pronto como toma algun espesor. Resolvimos, pues, efectuar la ascension por la umbría, aunque el camino es bastante mas largo.

Fué preciso salvar desde luego la cuerda que se presentaba al Norte y va de la Torre de Llambrión al Collado de las Nieves, punto que sirve de mojenera comun á las provincias de Oviedo, Leon y Santander. Esta primera subida no es muy penosa, y desde lo alto se presentó á nuestra vista otra cuerda mas elevada, á que corresponden la Peña de Moñas, ya en Asturias, la Torre de Cerredo y el Cueto de Taranos. Bajamos á la Cañada que entre las dos cuerdas se forma y tomando á la izquierda á poco hemos entrado en la primera nieve. Pronto nos acometió la sed; pero en aquellas grandes alturas no hay manantial alguno. Agrietado y horadado el terreno, cubierto de piedra suelta, el agua se pierde en lo interior tan pronto como cae de las nubes ó se produce por el deshielo, y fué preciso tratar de deshacer alguna nieve, pero se liquidaba con tanta dificultad, que hubimos de contentarnos con humedecer la boca.

No habia helado aquella noche al parecer y se marchaba bien: acaso esto consistia en que el sol habia obrado ya sobre la nieve. La que cae en las montañas, sino se derrite pronto, pasa al estado de *nevé*, que no se diferencia del hielo sino en que no se halla en masas continuas y transparentes como el de los carámbanos de las fuentes y cascadas, ó el que se forma en la superficie de los rios y lagos. Constituye una suerte de arenisca ó almendrilla, cuyos granos se hallan aglutinados entre sí.

Quando la pendiente comenzó á hacerse demasiado fuerte, dispuse que uno fuese delante, haciendo peales con un martillo, pues si alguno se escurriese no se sabe donde iria á parar. En aquel nevero seria imposible bajar como tres años antes habia hecho con mis compañeros de viaje, no solo por la inclinacion que ofrecia, sino tambien porque no se alcanzaba á ver dónde y como acababa. ¡Qué yermo aquel poblado solo de rebecos que huian delante de nosotros conforme seguimos avanzando!

En la parte mas alta y de mayor pendiente se veia en la

nieve, ó sea en el nevé, una série de surcos paralelos, muy próximos unos á otros; y en un *thalweg* que allí se formaba entraban hácia adentro presentando un hermoso aspecto. Estos surcos no pueden proceder de otra cosa que de hallarse allí la nieve formando capas como se vé en los Alpes en las que son perpétuas. Yo creo que aquellas lo son tambien; y habiendo sido el anterior invierno uno de los de menos nieve en todo este siglo, la que tenia á la vista podía proceder de una época bien remota. La disposicion de los surcos era tal, que las capas no podian menos de hallarse inclinadas hácia afuera, lo que atribuyo al asiento que pudo haber sufrido la masa por su continua tendencia á descender.

Segun Mr. de Humboldt, en los Pirineos, de que es continuacion la cordillera Cantábrica, el límite de las nieves perpétuas se halla á 2.728 metros sobre el nivel del mar, esto es, 50 metros mas alto que los Picos de Europa. Ann admitiendo este hecho como bienaveriguado, hay que tener presente que estos Picos se hallan mas cerca del mar que los Pirineos centrales, á los que acaso se refiere aquel autor. En las montañas del Cáucaso este límite comienza 650 metros mas arriba que en los Pirineos, que se hallan en la misma latitud; y esto, porque, en lo interior de los continentes cae menos nieve, y los veranos son mas calientes que en las costas. Por otra parte, en la vertiente de las montañas que recibe los vientos de tierra calientes, comienzan las nieves perpétuas á mayor altura que en la que recibe los del mar, que son mas frescos; de forma que en los montes del Himalaya los dos límites en una y otra vertiente ofrecen por esta causa una diferencia de nivel de 1.170 metros.

Yo admito por lo mismo que en los Picos de Europa las nieves adyacentes á las cumbres mas altas que se observan á la parte del Norte, que es la del mar, son perpétuas y dan origen al nevero que tenia á la vista, al que he observado tambien, aunque de lejos, al Norte de la Torre de Cerredo y á algun otro que pueda haber, tambien por la parte del Norte, contra la Peña de Moñas ó la Peña Santa; de modo que allí la region de las nieves perpétuas se halla reducida á algunos apéndices, independientes los unos de los otros. Pienso que la Torre de Sali-

nas, 171 metros mas baja que la Torre de Llambrión, no alcanza á ella, donde las nieves son puramente estacionales, conservándose de un año para otro solo cuando cae mucha, á no ser la de algunos hoyos y aberturas, donde no llega á derretirse del todo.

Ya bastante cerca de la cumbre comenzaron las mayores dificultades de la jornada. Los instrumentos pasaron de mano en mano en algunos puntos, y hubo que subir y bajar como por paredes, para lo cual tuve que descalzarme. La nieve á lo último iba desapareciendo, lo que atribuyo, ya á la influencia de los vientos de tierra, ya á que allí se hacia lo que en aquellas montañas se llama con propiedad un ventisquero ó una ventera, como se vé hasta en las calles de los pueblos cuando nieva, que en muchos puntos apenas se conserva nunca la nieve por el viento que la traslada y acumula en otros.

¡Ea! cuando menos lo pensaba me encontré en lo alto. En verdad que la plaza era bastante estrecha: ocho metros de largo y tres por lo mas ancho. Apenas nos podíamos mover. Al tiempo de subir se levantaban de cuando en cuando algunas ráfagas de viento del Sur muy fuertes, y si nos cogieran en lo alto, seguramente hubiéramos tenido que echarnos á tierra, por lo cual lo primero que hice fué montar y observar el barómetro. Eran las once de la mañana, y marcaba 559,30 milímetros, el termómetro unido al mismo 12,7 grados, y el espuesto al aire libre 12,6. Felizmente el viento no se dejó sentir mientras permanecimos allí, y la calma era perfecta. El cielo estaba despejado en lo alto. A lo lejos, en los llanos de Castilla y Leon, habia calima. La Liébana, hoy ó por mejor decir hoyo, que en tiempos anteriores se llamó provincia, por su situacion aislada sin duda, y cuya altura sobre el nivel del mar es bastante menor que la de Cain, se veia cubierta de nubes, que gradúo se hallaban 1.000 metros mas bajas que la Torre de Llambrión.

Hé aquí la altitud de los picos de Europa segun pude deducir de las observaciones efectuadas en el punto de estacion (1). La Torre de Llambrión 2.676 metros, la Torre de Cerrredo 2.678 á la

(1) *Revista Minera*, tomo X, pág. 278.

distancia de 2.858, la Peña de Moñas 2.656 á la de 4.000, la Peña Santa 2.605 á la de 9.184, el Naranjo de Bulnes 2.592 á la de 4.502, la Torre de Salinas 2.505 á la de 2.572, el Carbonal 2.407 á la de 7.750, la Torre de Frierio 2.405 á la de 5.060, el Collado de las Nieves 2.368 á la de 2.470.

Este último se halla sobre la Liébana y en la union, como ya dije, de las tres provincias de Leon, Oviedo y Santander, la Peña Santa en la raya de las de Leon y Oviedo; la Peña de Moñas y el Naranjo de Bulnes ya corresponden á la de Oviedo; las demas son de Leon, inclusa la Torre de Cerredo, pues la raya no pasa por lo alto de la misma, sino por una traviesa ó sea canal que tiene inmediatamente al Norte. De todas estas peñas la única que en aquel país se tiene por inaccesible al hombre y aun á los rebecos es el Naranjo de Bulnes, magnífica pirámide cuya forma, vista desde la Torre de Llambrión, se parece mucho á la de un cono truncado, que es casi un cilindro.

A pesar de la grande elevacion del punto en que nos hallábamos, mucho estrechaban el horizonte las montañas inmediatas. Solo por las abras que se hacian en las que caen hácia el Sur, ó mas bien al segundo y tercer cuadrante, se veian otras mas lejanas. El Espigüete, que tan imponente se presenta cuando se le observa desde los páramos de Valladolid ó Palencia, ¡cuán humillado me parecia desde allí! ¡Cuán otro su magnífico perfil! Dificilmente le hubiera reconocido á no ser por la señal que en su cúspide habia dejado dos años antes; y respecto de otras montañas me sucedia lo propio: de tal modo varia el aspecto que ofrecen segun la situacion del punto desde donde se las observe.

En rigor no habia subido á lo mas alto, que era á lo que yo aspiraba; pero no por eso creia frustrada mi expedicion. Y aun cuando la geología no tuviese ningun atractivo para mí y al encaramarme á aquellas cumbres no llevase otro objeto que contemplar el magnífico panorama que se ofrecia á mi vista, ¿pudiera no contar aquellas horas entre las mas gratas de mi vida? Pero no; por mas que desde mis mas lieros años tuviese gran aficion á subir á los montes sin otro objeto que recrear la vista y hacer acaso prueba de mis fuerzas y

robustez, otros eran los móviles que ahora me dirigian: estudiar unos terrenos cuya constitucion física y geológica era desconocida, y verme en ocasion de ser en algun modo útil á la ciencia que reveló al mundo en nuestra edad tantos hechos asombrosos, que es hoy dia objeto de la particular proteccion de todos los Gobiernos, y á cuyo culto dedican tantos hombres esclarecidos sus desvelos y fatigas, derramados por todos los ámbitos de la tierra; sobre todo fijar con la posible exactitud las circunstancias de un hecho que en ninguna otra region se ha observado todavia. El terreno carbonifero en la cordillera Cantábrica alcanza una altitud á que ni con mucho llega en ninguna otra; y si no es tambien el mas rico en combustible, casi puede asegurarse no es otra la causa que las repetidas y tremendas convulsiones y la denudacion que allí sufrió el terreno. Pero no es ahora otro mi objeto que destruir la prevencion con que se miran los viajes y correrías por nuestras bellas montañas y el desvío con que acaso se mira su estudio.

¡Cuánto llamaba mi atencion el aspecto que presentaban aquellos montes! ¡Qué de picos, picachos, agujas y cuchillares, separados unos de otros por pandas, horcados, canales y barrancos! No faltan tampoco horados por los cuales se vé la luz al otro lado, como los que forman las Puertas de Mueños (1) en la Torre de la Palanca, simas, toyos, hoyos y cavernas. Por todas partes se ven piedras sueltas, y entre ellas grandes peñones que cubren en muchos puntos el terreno, sobre todo en las laderas, formando moledizos, como allí llaman, algunos de los cuales no se pueden atravesar sino á la carrera, *á pata pura*, y aun así con riesgo de despeñarse. Estas piedras se separan de los altos principalmente por efecto del deshielo: y muchas se ven todavia en su asiento natural, que ya no se hallan en firme, ó ya no son piedra viva, segun se dice vulgarmente, y es necesario por lo mismo marchar á veces con la mayor cautela, no fiando los pies ó las manos de las que se hallen en este caso. De modo que nada seria mas fácil que demo-

(1) Mueño es cabra montés, animal que ha desaparecido ya casi completamente de aquellas montañas.

ler allí grandes masas sin otro auxilio que el de una mala herramienta, y acaso el de las manos solamente. La Torre de Llambrion se halla en este caso, y para alzar allí una señal de dos metros de alto, no nos faltó piedra suelta, que allí se hallaba de sobra.

¡Qué escuela para el que intente estudiar las revoluciones por que nuestro globo ha pasado en la série de los siglos! ¡Qué contraste entre el aspecto que allá un dia debieron de ofrecer aquellos mismos sitios y el que ahora presentan! ¿Qué quiere decir sino los innumerables restos que en aquellas alturas se encuentran de animales que solo pudieron vivir en el mar, aunque todos de especies diferentes de las actuales? porque las especies, si bien contando con un período de existencia mucho mas largo que los individuos, llegan tambien á desaparecer como estos de la creacion? ¿Qué quiere decir si no, por otra parte, salvando tiempos de larga duracion, el ver allí pruebas evidentes de que el mismo rinoceronte que actualmente vive en Africa, y otros mamíferos estraños discurrían por aquella region, dotada entonces de otro clima sin duda alguna y vestida de una vegetacion mas rica y ostentosa?

Todas aquellas masas presentan señales evidentes de haber sido formadas paulatinamente en lechos ó capas horizontales en el fondo del mar: ¿cómo ahora se hallan estas á tanta altura y ya no horizontales, sino verticales ó mas ó menos inclinadas, siguiendo una misma direccion en grandes distancias y tomando despues otra, ó paulatinamente, ó por accidentes y quebrantos que interrumpieron la continuidad de las capas?

¿Cómo se produjeron tales cambios? ¿Por cataclismos cuya trascendencia fuese tanta que llegase á causar el perecimiento de todos los seres creados cada vez que tuvieron lugar, como ha pensado un eminente geólogo, ó se obraron lentamente en la larga sucesion de los siglos, aunque de tiempo en tiempo hayan sobrevenido grandes trastornos, pero reducidos á ciertos límites?

Y despues de estas convulsiones, ¿cuánto debieron haber variado las formas que el terreno ofrecia con la denudacion que en ellos causaron las aguas y los hielos de la época del *diluvium*! A todas estas causas, que obraron allí con inmensa fuer-

za, atribuyo yo que el punto mas alto y el mas bajo de toda la provincia de Leon solo diste uno de otro algunos kilómetros. ¡Qué escuela, vuelvo á decir, para el que quiera estudiar la geología, no en las cualas, sino con el gran libro de la naturaleza abierto delante de los ojos.

Una cosa me llamó tambien la atencion en aquellas montañas, y es que conforme se va subiendo, la caliza aparece cada vez mas áspera por la corrosion que sufre, tal que á veces al apoyarse en ella hay que hacerlo con tiento por las pequeñas puntas y filos que suele ofrecer, aspereza que contrasta bastante con la lisura que la misma roca presenta cuando forma el cauce de los rios por efecto de otra suerte de denudacion. Hay mas: esta, pasados 1.900 ó 2.000 metros, se presenta como producida por un liquido corrosivo que ha corrido en la roca, formando reguerillos, con sinuosidades iguales á las de los rios, como se vé en los diminutos cauces que han dejado. En hastiales verticales ó poco inclinados, el liquido produjo surcos, aunque no tan profundos, rectos y paralelos de alto á bajo. En el Espigüete y otras montañas he observado los mismos efectos, sacando algunos dibujos para publicar en tiempo oportuno. ¿Qué extraño es que la denudacion haya sido allí inmensa si á ella contribuyó la accion de los ácidos fuertes, á lo menos de uno de ellos, que yo creo haya sido y sea todavia el nítrico?

¡Y qué desnudez la de aquellas alturas! No se vé allí un árbol ni una mata: solo alguna planta raquítica apenas perceptible á alguna distancia; lo que hace mas imponentes aquellas soledades. Así, la vista se reposaba con placer en la inmediata vega de Liordes, que teniamos casi debajo de nuestras plantas, ricamente vestida de verdes yerbas, que se tuvieron siempre por las mas finas de todas aquellas montañas, y se reservaron desde muy antiguo para los sementales de los rebaños del Rey, que fué siempre el primer ganadero de la nacion.

Es esta vega una pequeña hoya situada en el intermedio que forman la Peña Remoña, el Collado de las Nieves y la Torre de Salinas. Entre la primera y el segundo se hace una panda adonde alcanza aquella grande alfombra y adonde se sube por un suave declive, disfrutando desde allí la magnífica vista que

ofrece la Liévana con sus viñas, sus maizales, sus vergeles y sus enmarañados y famosos bosques, que cubren en bastante altura las faldas de las montañas. No falta allí un riachuelo que dé mayor encanto á aquella estancia con la pureza y el murmurio de sus aguas. Las mismas yerbas que le ven nacer le ven morir á unos 300 metros de distancia, no en otro rio sino en una gruta, sin la cual todo aquel sitio hubiera sido un lago. Pueden pacer allí de 700 á 800 cabezas de ganado.

A las tres de la tarde emprendimos la bajada por el camino mas corto, y pude ver entonces las dificultades que ofrece para la subida el último reventon, que es de prueba. A su final hallé algunos indicios de carbon en una caliza betuminosa y tambien multitud de fósiles, aunque en fragmentos indeterminables. Ya á un nivel bastante bajo dimos con un pequeño manantial donde refrescamos, que harto lo habíamos menester.

Llegamos con mucho dia á la majada. Grande era el apetito que tentamos; porque la merienda que habíamos llevado á lo alto habia tenido algo de escasa por un error de cálculo; por lo cual no nos descuidamos en reponer nuestros estómagos, dando fin alegremente á todas nuestras provisiones. La noche vino luego á envolvernos con su manto. En la anterior no se habia hecho sentir el frio: en esta por el contrario, algun tanto escasa me parecia la capa para tornarlo, pero me consolaba con la idea de que en la tierra baja muchos serian los que á aquellas mismas horas no pudiesen cerrar los ojos con el calor.

Al dia siguiente habia pensado hacer una estacion en el Collado de las Nieves, pero no fué posible. No habia absolutamente nada que comer. Si aquel no fuese un moroquil hubieran podido los pastores proveernos de leche ó prepararnos una abundante cuajada, obsequio que habia recibido en los Picos de Mampodre y en otros puntos anteriormente. En tal situacion y considerando además que algunos de la cuadrilla habian sufrido deterioros de consideracion en su calzado y vestidos, fué preciso dar por concluida por entonces aquella espedicion. Agradecemos á los pastores el buen recibimiento que nos habian hecho, y dejándolos con la paz de Dios, nos fuimos con nuestros martillos é instrumentos á otra parte.